



ARTICULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA. AÑO: 28, n.º 100, 2023, e7537608
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y TEORÍA SOCIAL
CESA-FCES-UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA
ISSN 1316-5216 / ISSN-e: 2477-9555

El innovador movimiento colombiano a inicios de la tercera década del siglo XXI

The innovative Colombian Movement at the beginning of the third decade of the 21st century

Carlos ALONSO

<http://orcid.org/0000-0001-8445-1818>
Carlos.areynoso@academicos.udg.mx
Universidad de Guadalajara, México

Este trabajo está depositado en Zenodo:
DOI: <http://doi.org/10.5281/zenodo.7537608>

RESUMEN

Se hace una reflexión histórica del reclamo social que daba cuenta del sentimiento de descontento social por condiciones de exclusión social, segregación clasista y precarización en Colombia que desembocó en el Paro Nacional del 28 de abril de 2021, que fue una movilización masiva, multitudinaria y alegre al que le siguió una movilización social, étnica, campesina, obrera de colectivos artísticos, sobre todo juvenil. Creció de lo local y llegó a más de 600 ciudades. Se describe el incremento sistemático de prácticas genocidas y violatorias de los derechos humanos por parte del gobierno colombiano. Se da cuenta de cómo los diferentes sectores sociales movilizadas de la Minga nacional social, popular y comunitaria invitaron a la construcción de un pacto hacia un nuevo país, que eventualmente permitió la apertura de espacios para la creación de relaciones sociales de nuevo tipo. Sectores antes separados y ajenos, se encontraron, se solidarizaron y dinamizaron.

Palabras clave: paro; movimiento; descontento; popular; Colombia.

ABSTRACT

A historical reflection of the social claim is made that accounted for the feeling of social discontent due to conditions of social exclusion, class segregation and precariousness in Colombia that led to the National Strike of April 28, 2021, which was a massive, massive and joyful mobilization. which was followed by a social, ethnic, peasant, labor mobilization of artistic groups, especially youth. It grew from local and reached over 600 cities. The systematic increase in genocidal and human rights violating practices by the Colombian government is described. It's described how the different mobilized social sectors of the national social, popular and community "Minga" invited the construction of a pact towards a new country, which eventually allowed the opening of spaces for the creation of new type of social relations. Sectors that were previously separate and alien, found each other, showed solidarity and dynamized.

Keywords: strike; movement; discontent; popular; Colombia.

Recibido: 12-06-2022 • Aceptado: 18-08-2022



INTRODUCCIÓN

Se ha advertido que las teorías tradicionales de los movimientos sociales carecen de conceptos adecuados para comprender las nuevas dinámicas de los movimientos populares que tienden a convertirse en un acontecimiento de larga duración. La complejidad de estos movimientos requiere conceptualizaciones que puedan dar cuenta de unos procesos abiertos y mutantes. Uno de los autores que ha estado estudiando las novedades producidas por la creatividad de dichos movimientos ha sido Raúl Zibechi, quien ha destacado la capacidad expansiva en sus formas de hacer de los movimientos populares que les permite ir creando otros mundos para sobrevivir (Alonso, 2021). Este autor considera que las últimas revueltas latinoamericanas han respondido a la acumulación de agravios, y ha señalado que el movimiento colombiano puede ser considerado como de los más innovadores y potentes en la región.

EL CONTEXTO DE LAS ÚLTIMAS MOVILIZACIONES COLOMBIANAS

Apareció en 2021 un libro colectivo en el que se estudiaron las condiciones contextuales de la movilización de una gran parte de la población colombiana. Se trataba de una reflexión analítica y etnográfica del reclamo social que daba cuenta del sentimiento de descontento social por condiciones de exclusión social, segregación clasista y precarización. Hubo un desbordamiento del llamado paro nacional desde las dinámicas de resistencia que las comunidades construyeron para ocuparse colectivamente de las situaciones problemática. Se estudiaron las múltiples formas de movilización que resistían los embates de las reformas neoliberales. Las comunidades y colectividades movilizadas estaban consolidando acciones organizativas frente a la deslegitimación oficial. Una rabia colectiva y creciente se fue configurando. Fue superada la desesperanza ante la constatación de la potencia de lo posible. El ambiente que se respiraba era la imposición de un modelo económico comandado por una clase política criminal, corrupta y excluyente. El crecimiento de las expresiones de protesta implicaba aprendizajes de lo que se había ido sumando poco a poco. Dinamizaba las Mingas, el Congreso de los Pueblos, el Tribunal Permanente de los pueblos y la Marcha patriótica. Pularon las manifestaciones territoriales. También crecía la defensa del medio ambiente. En el Paro del 21 de noviembre de 2019. Se articularon organizaciones sindicales, sociales y populares en el Comité Nacional de Paro que, ante la crisis social y económica, convocó a manifestarse por el incumplimiento de los acuerdos de paz, los asesinatos de dirigentes sociales. El paro llenó las calles del país y contó con una fuerza inesperada con expresiones artísticas y juveniles que articulaban nuevos y diversos sectores organizados y no organizados, trabajadores informales, ambientalistas que se fueron movilizandando de forma autoconvocada hasta febrero de 2020. El gobierno había instalado mesas de negociación, pero utilizó la táctica dilatoria. Cuando en diciembre le fue presentado un documento, respondió que no lo podía asumir. Trató de instalar un ambiente de miedo. Llamó a negociar, para no hacerlo. Creció la disconformidad. Se constató el descontento contra toda institucionalidad, y emergieron nuevos discursos. El Estado recurrió a la represión. Llegó la pandemia y se decretó el Estado de emergencia sanitaria con jornadas de aislamiento. La pandemia fue utilizada por el gobierno para acrecentar privilegios para los bancos y las grandes empresas. Hubo muchas manifestaciones populares que exigían apoyo humanitario ante la falta de ingresos, el hambre, la miseria y un confinamiento sin soluciones. Pese a restricciones de movilidad fueron estallando diversas expresiones derivadas de la angustia frente a la tragedia humanitaria. La gente salió a la calle de manera espontánea para exigir soluciones. El Comité Nacional de Paro, presentó a mediados de 2020 un pliego nacional de emergencia que el gobierno ignoró. Se activaron redes locales y nacionales. El gobierno aducía que los contagios eran por irresponsabilidad individual. Ante esto hubo llamados a retomar movilizaciones. A principios de septiembre la policía asesinó a un estudiante por infringir el toque de queda. Aparecieron movilizaciones en protesta ante el abuso de la fuerza. Hacia finales de septiembre el Comité Nacional de Paro convocó a nuevas movilizaciones. Por el cuidado sanitario no se convocaba a un gran paro nacional. Se multiplicaron cacerolazos, plantones y jornadas virtuales. Ante el silencio del Estado se avanzó en la presentación de proyectos de ley como la renta básica. Tampoco hubo respuesta. El gobierno profundizaba el modelo neoliberal. Presentó una mala reforma a la salud y una reforma tributaria. Todo esto se fue acumulando hasta que un pueblo humillado y excluido se levantó con el Paro Nacional del 28 de abril de 2021 (Zibechi, et al., 2021).

LA MOVILIZACIÓN QUE INICIÓ EL 28 DE ABRIL DE 2021

Fue una movilización masiva, multitudinaria y alegre. Siguió una movilización social, étnica, campesina, obrera de colectivos artísticos, sobre todo juvenil. Hubo manifestaciones, plantones, ollas comunitarias, conversatorios, asambleas populares que duraron más de tres meses. Creció de lo local y llegó a más de 600 ciudades. Emergió un proceso de resistencia y de luchas sin precedente. Hubo acciones y actividades de paro en 31 capitales de los 32 departamentos. Más de dos mil bloqueos en 292 municipios. El Estado colombiano, cuyas cifras no eran confiables pues iban a la baja, reportó a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) que entre el 28 de abril y el 4 de junio de 2021 hubo más de doce mil protestas en 862 municipios, más de seis mil concentraciones, más de dos mil marchas y más de tres mil bloqueos; 632 movilizaciones y 28 asambleas. Cerca del 90 por ciento de estas protestas no registraron hechos de violencia, pero los reportes cuando el movimiento llevaba tres semanas era que el gobierno había hecho una declaratoria de guerra contra quienes se manifestaban. Aparecieron personas muertas, heridas, mutiladas, cegadas intencionalmente, torturadas, abusadas sexualmente o desaparecidas. Otro elemento que llamaba la atención era que la población había transformado sus formas de manifestarse y que combinaba lo físico con lo virtual. Sin importar la pandemia la gente había vuelto a tomar las calles. La represión no lograba detener las manifestaciones. Se destacó la presencia masiva de jóvenes, que se habían unido a los pueblos indígenas, maestros, trabajadores, camioneros, campesinos y mujeres. El terror estatal crecía, y si bien había entre los manifestantes incertidumbre de cuánto tiempo seguirían en las calles, los animaba la esperanza de la novedad que se estaba gestando (Vera, 2021).

Al mes proseguían las movilizaciones, bloqueos de carreteras, tomas urbanas, marchas agrarias, Mingas indígenas, constitución de Asambleas autónomas y configuración de espacios de resistencia (en Cali y en Bogotá), que enfrentaban la más violenta y cruel arremetida de los aparatos policiales y militares del gobierno. También se dinamizó el equipo de la muerte llamado Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD) coaligado con los grupos neo paramilitares de las mafias de la droga, que echaban mano a todo tipo de procedimientos sangrientos para aplastar el levantamiento social como el asesinato a sangre fría de jóvenes, las casas de pique para descuartizar, las desapariciones, y las torturas. Se llamaba la atención que la huelga política general dejaba de ser un marginal fenómeno de protesta, para desafiar y golpear el núcleo central de la dominación oligárquica (Rubio, 2021). La movilización colombiana había sido una verdadera explosión de creatividad rebelde en donde el arte a todo nivel (música, grafitis, danza, performance, etc.) se convirtió en instrumento de expresión de la inconformidad que estaba contenida por el miedo y la incertidumbre (Dorado, 2021).

Las protestas y movilizaciones fueron la forma de defensa ante la militarización del gobierno. La convocatoria desbordó centrales obreras, y el pueblo rompió todas las expectativas. La parte sindical decidió dar por finalizado el paro a mediados de junio. Sin embargo, para muchos el Comité de Paro había caído en el chantaje de las políticas clientelistas del gobierno. Las movilizaciones continuaron con fuerza sin la presencia sindical. Las organizaciones de base mostraron gran activismo y siguieron en las calles, plazas y carreteras del país. Las políticas de agresión no paraban contra los manifestantes. Después de un mes el gobierno instaló una mesa de negociación que a nada llegó. En cambio arreció la violencia por medio de las fuerzas armadas y de grupos de civiles armados. Los medios alternativos dieron cuenta de la barbarie y del uso desmedido de la fuerza. Documentaron desapariciones de jóvenes manifestantes que luego fueron encontrados muertos. Hubo una ola de solidaridad internacional. La Comisión Interamericana de Derechos Humanos hizo una visita en la primera semana de junio, y al mes siguiente publicó su informe. Ese y otros informes de organismos confiables dieron cuenta de la brutalidad policial y de la negativa del gobierno a negociar (Zibechi et al., 2021). Varios analistas señalaban que lo que había en Colombia era necropolítica y militarización del Estado. Denunciaban cómo el Estado masacraba su juventud (Roitman, 2021).

LAS DENUNCIAS CONTRA EL GOBIERNO COLOMBIANO

A principios de 2021 un amplio número de organizaciones presentó una acusación contra el Estado de Colombia. Cuando los sectores de base del pueblo colombiano se encontraban movilizados expresando su rechazo al modelo de Estado imperante, el Tribunal Permanente de los Pueblos (TTP) analizó por tercera vez el conflicto social colombiano apuntando a sus estructuras más hondas. El TTP constató que la continuidad de las prácticas de la violencia en contra de los pueblos colombianos y sus derechos fundamentales, en su forma, su gravedad y sus actores estaba demostrada, así como la magnitud de los grupos poblacionales afectados a la largo de la historia reciente de Colombia. La documentación fáctica que analizó en su tercera sesión tuvo en cuenta pueblos indígenas, pueblos afrodescendientes, grupos campesinos, organizaciones sindicales, movimientos políticos, líderes sociales, movimiento estudiantil, situación en las cárceles, exilio y Territorio/naturaleza. A los pueblos indígenas el Estado los consideraba "enemigos internos". Se verificaron prácticas de persecución y destrucción para proteger el extractivismo. Existía un incremento sistemático de prácticas genocidas y violatorias de los derechos humanos. El pueblo afrodescendiente había venido sufriendo una cadena continua de violencias raciales y crímenes de lesa humanidad. Se documentaron también prácticas genocidas contra el campesinado en casi la totalidad de la geografía colombiana. El TTP precisó que aunque el crimen de genocidio fue el objeto principal de la sentencia, junto a él se constató la comisión continuada de numerosos crímenes de guerra y de lesa humanidad, que se habían cometido de manera masiva. La inmensa mayoría de estos era atribuible a las fuerzas armadas y policiales del Estado colombiano y a los grupos paramilitares creados por el propio sistema para proteger los intereses de las elites políticas y económicas del país y de las empresas transnacionales. Se consideró que el departamento del Cauca era especialmente representativo frente al conflicto armado ya que en él habían confluído todos los actores armados, los grupos sociales especialmente vulnerables (pueblos indígenas, afrodescendientes y comunidades campesinas) y las violaciones más representativas a los Derechos Humanos que debían ser investigadas y juzgadas por la Jurisdicción Especial para la Paz, situación que había convertido al Cauca en uno de los epicentros de la violencia en Colombia. El TTP también señaló la impunidad en la persecución de crímenes graves contra los derechos humanos. El fallo del tribunal condenaba el exterminio de grupos específicos de carácter étnico, político o social, y el genocidio dirigido a transformar la realidad plural del grupo nacional, eliminando a quienes no tenían cabida en el mismo, según la concepción de quienes habían articulado y llevado a cabo ese genocidio. Era la construcción de un proyecto de reorganización social por medio del terror, en el que la comisión de muchos de los crímenes concretos denunciados, que podían ser calificados en sí mismos como crímenes de guerra o crímenes contra la humanidad, se subsumían en el crimen central analizado de genocidio. Se planteó la necesidad de una reforma profunda del Estado que rompiera con el discurso del enemigo interno y de la justificación de la violencia contra la disidencia y la protesta social, y la reconstrucción de una pluralidad nacional desde el respeto a los derechos humanos. El tribunal condenó a los sucesivos gobiernos de Colombia desde 1946 por la estigmatización de cualquier reivindicación social, por la utilización del derecho penal para criminalizar a las personas y grupos que habían ejercido el derecho de protesta y defensa de derechos humanos. La condena incluía a los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos desde 1946, a las empresas nacionales y transnacionales que hubieran participado en las graves violaciones de derechos humanos. Recomendó implementar mecanismos idóneos para que las víctimas de violaciones a los derechos humanos en Colombia pudieran ver realmente satisfechos sus derechos a la verdad, la justicia y la reparación integral. Había que construir un sistema de justicia efectivamente independiente, eficiente y eficaz, e impulsarlo para que llevara a cabo procesos de esclarecimiento de los hechos. El gobierno debía proceder a la restitución completa de las tierras que habían sido arrebatadas a millones de personas para permitir la ocupación y explotación de esas tierras por parte de empresas dedicadas tanto a negocios legales como ilegales. El gobierno debía no victimizar a los pueblos indígenas y a las comunidades afrodescendientes; tenía que respetar la libertad sindical; luchar para erradicar la violencia contra las mujeres; sancionar a los ejecutores de juicios extrajudiciales de civiles; tenía que proceder a la desmilitarización total del país. La recomendación se extendía al gobierno de Estados Unidos para que abandonara definitivamente la exportación de la ideología usada por los gobiernos colombianos para considerar parte de la población como enemigo interno (Tribunal Permanente de los Pueblos, 2021). El 17 de junio se difundió ese fallo condenatorio, el cual destacaba que

la población civil era blanco prioritario de la guerra contra-insurgente estatal bajo la estrategia de “quitarle el agua al pez”. También enfatizó las prácticas cómplices entre fuerzas armadas y grupos paramilitares. Se refirió a la gravedad de la impunidad con la que todas estas vulneraciones permanecían. Recordó que la pobreza estructural y la concentración de la riqueza causaban y perpetuaban el conflicto (Campubí, 2021).

Por otra parte fue denunciada la existencia de una alianza militar-narcomilitar, con impunidad que dejaba cientos de cadáveres de dirigentes sociales, indígenas o campesinos. Se enfatizó que proseguían las desapariciones y los fusilamientos extrajudiciales. Era alarmante el que en Colombia hubiera siete sitios para militares estadounidenses donde asesores estadounidenses e israelíes adiestraban a los asesinos del pueblo colombiano. Ante tanto agravio mucha gente había hecho suyo el paro como lucha por la dignidad (Ahoronian, 2021). Cuando se llegó al día 40 del paro nacional, una misión humanitaria argentina en Colombia denunció «prácticas propias de un estado terrorista». Hizo hincapié en el criterio abusivo y arbitrario para realizar las detenciones. El trato cruel dispensado a los detenidos que incluía tormentos, el particular abuso con connotaciones sexuales sobre las mujeres y disidencias sexuales retenidas, constituía especiales y repudiables violaciones no sólo a los derechos sino primordialmente a la condición humana. La criminalización ejercida por el Estado colombiano sobre la protesta era una práctica continua (Galeano, 2021).

CONTINUACIÓN DE UNA LUCHA HISTÓRICA

Los diferentes sectores sociales movilizados de la Minga nacional social, popular y comunitaria, en el marco del paro nacional de 2021, a finales de mayo invitaron a la construcción de un pacto hacia un nuevo país. Destacaron que esa lucha era histórica pues varios sectores populares se había juntado para decirle a la población colombiana y a la comunidad internacional las causas que habían impulsado la enorme movilización. Apuntaban al desgaste de un modelo de desarrollo latifundista-financiero-extractivista, que había puesto en venta los recursos estratégicos de la nación, la desindustrialización y concentración de la riqueza a beneficio de una oligarquía nacional autodenominada “ciudadanos de bien” y capitales extranjeros, que habían convertido a Colombia en uno de los países más desiguales del mundo. Otro factor era la frustración frente a décadas de guerra y el cierre de las últimas posibilidades de superar el conflicto armado, por el constante incumplimiento del Acuerdo de Paz. Se refirieron a las condiciones que impusieron por la pandemia, a la pobreza extendida y al desempleo. Denunciaron las intenciones del gobierno de querer aplicar reformas tributarias, salud, pensional, entre otras, grabando los ingresos de los sectores sociales populares y medios, ahondando las lógicas privatizadoras del servicio de salud, en plena situación de crisis social extrema. Hicieron ver que la juventud actual no contaba con oportunidades en ámbitos educativos y laborales, hijos en su mayor parte de los ocho millones de víctimas de las últimas etapas del conflicto social, y parte de la población desplazada forzosamente del campo a la ciudad. La Minga nacional como ejercicio de articulación y trabajo en conjunto, les había permitido encontrarse, reconocerse y de manera colectiva identificar sus derechos y necesidades. Habían ido entretejiendo caminos comunes, pero reconocían que les faltaba por articular a otros sectores teniendo en cuenta sus saberes y luchas. Proponían partir de una gran asamblea social, popular y comunitaria donde se estableciera la hoja de ruta, se definieran las respectivas comisiones temáticas y la metodología para garantizar la participación activa de la población, con el fin de consolidar un Pacto hacia la construcción de un nuevo país, que se posicionaría y exigiría ante el gobierno nacional. Ese pacto buscaría analizar y proponer la construcción de alternativas sociales y políticas que fueran al fondo de los problemas. Exigían un país distinto, donde todos se sintieran representados. El pacto implicaba un diálogo integral de construcción de país, que tratara los temas estructurales. Para su realización proponían defender el valor de la vida y volver a priorizarla por encima de intereses como la ganancia, la acumulación, la apropiación privada de los bienes comunes; rescatar la palabra para afianzar la democracia, en un proceso popular, social y comunitario, que erradicara las violencias físicas y simbólicas, y pusiera los mecanismos que permitieran una vida digna para todos y todas. Se necesitaba un justicia efectiva frente a las graves afectaciones a la vida y la impunidad impuesta. Se referían a un Pacto fiscal y desarrollo económico y social incluyente, en defensa del derecho a la salud y a un sistema de salud; que fortaleciera la democracia e implementara plenamente la Constitución de 1991 como conquista democrática. Dicho pacto llevaría a la implementación plena de los Acuerdos de Paz como condición de convivencia; tenía en cuenta

las garantías para la protesta social; reestructuraría a la fuerza pública; y garantizaría el derecho a la educación y acceso equitativo al conocimiento. Dado que las movilizaciones juveniles luchaban por una transformación en el ejercicio de poder, era necesario un relevo generacional abanderado por los sectores marginados de los barrios en las ciudades y pueblos de Colombia. El Estado colombiano debería adoptar la declaración universal de los Derechos Humanos del campesinado. El gobierno colombiano tenía que aceptar la ruta y metodología de participación directa y decisoria del campesinado colombiano. Como gesto de buena voluntad política con el pueblo colombiano, se prometía continuar con el ejercicio de desescalar su presencia en la vía panamericana y vías alternas de manera progresiva; periodo durante el cual se fortalecería el Paro Nacional. Se exigía al gobierno colombiano que garantizara las condiciones y escenarios para la participación de las organizaciones movilizadas en el tratamiento de las problemáticas del pliego del paro que más les competían. Se dejaba claro que la resistencia seguiría teniendo en cuenta a las compañeras y compañeros heridos, desaparecidos, lesionados, judicializados y asesinados (Minga Nacional, Social, Popular y Comunitaria, 2021).

NECESIDAD DE SALIDAS DESDE ABAJO

Un conjunto de analistas destacaron que en las raíces del conflicto colombiano se encontraba el modelo de acumulación por desposesión, basado en la dominación del capital financiero transnacional y en la destrucción de territorios por parte del extractivismo, con su distribución sesgada de las rentas en favor de las clases dominantes. Advirtieron que surgía un nuevo tejido ciudadano rebelde que aprendía a diario con nuevas narrativas e imaginarios que excedían a las viejas tradiciones de lucha. Recalaron se trataba de un relevante levantamiento popular. Criticaron la táctica gubernamental de dilatar, desconocer, no negociar, y reprimir violentamente. Hicieron ver que esa táctica no había funcionado, porque las geografías de la rebeldía y la esperanza se habían erigido sobre las geografías de las ausencias y del miedo. Constataron que los jóvenes que hacían las defensas de las movilizaciones estaban bien organizados, pero no tenían armas, sino que se defendían con instrumentos caseros. Los enfrentamientos eran asimétricos ante unas fuerzas armadas bien equipadas. Analizaron cómo la democracia directa y horizontal se había convertido en la nueva forma política de expresión de la organización social. Existían coordinaciones inter barriales. Los puntos de resistencia coordinaban a varios barrios. Hicieron ver que la indignación, la miseria, el desamparo, era lo que les impulsaba a resistir. Señalaban que el punto de encuentro tenía más que ver con la actividad deportiva, lugares de escucha de música y baile, el trabajo comunitario. El tejido de alianzas populares que se estaba construyendo ponía en jaque político lo establecido, derrumbaba el mito de que las expresiones de rebeldía y descontento eran controladas por grupos insurgentes, desbordaba las capacidades de represión de la fuerza pública, exponía el signo antidemocrático y cómplice de un régimen autoritario y violador de derechos humanos articulado por la clase política, las elites económicas y las corporaciones de información. Demostraba que las capacidades del pueblo movilizado producían una fractura entre las instituciones y la protesta callejera. Se enfatizaba que las asambleas populares en campos y ciudades expresaban una forma de organización popular y de democracia directa que anunciaban salidas desde abajo a la encrucijada militarista a la que había condenado el capitalismo periférico al país colombiano (Jiménez et al., 2021).

Se llamaba la atención de que la auto organización y la democracia directa que se expresaba en múltiples formas de resistencia caminaban hacia la consolidación de una institucionalidad paralela. Se habían ido formulando reivindicaciones económicas y sociales que podían conformar una plataforma mínima y de urgencia ante el empobrecimiento causado por las políticas neoliberales (Movimiento Ecosocialista, 2021). Las demandas de los manifestantes se fueron ampliando conforme pasaban los días para incluir un ingreso básico para los más pobres, oportunidades laborales y de educación para los jóvenes y el fin de la violencia policial, así como llamados a eliminar al ESMAD (Roitman, 2021). Zibechi advertía que ni el Pentágono ni la oligarquía iban a ceder ante la calle y la sociedad colombianas, porque temían perderlo todo si daban medio paso al costado. Preferirían provocar un baño de sangre. Correspondía a los miles de jóvenes movilizadas, decidir el rumbo de un paro que ya superaba el mes y al que no se le adivinaba final. La inspiración ya la tenían, luego de haber convivido con la Guardia Indígena a la que llamaron para aprender de su experiencia: autonomía y autogobierno para defender territorios y pueblos (Zibechi, 2021).

Después de 42 días de marchas, plantones, concentraciones, bloqueos de vías y carreteras de diversa naturaleza e impacto con un apoyo de la población que había sido mayoritario y visible, hubo quienes realizaron diversos balances. Uno de ellos señalaba que la Minga Indígena con sectores campesinos y cocaleros agrupados en torno al Pacto Social, y los Jóvenes Rebeldes en proceso de articulación en la Unión de Resistencias habían mantenido viva la movilización callejera. No obstante, había señales de cierto cansancio ante esa intensa actividad. Se consideraba que la movilización y sus características eran en sí mismas un gran logro. Se alababan las expresiones artísticas de la juventud que era obras de arte en donde se involucraban miles de personas, especialmente jóvenes y mujeres. Por otro lado, la violenta respuesta del gobierno y sus paramilitares que habían asesinado a más de medio centenar de jóvenes manifestantes había provocado una profunda crisis de gobernabilidad en el país y desmascaraba internacionalmente al gobierno exhibiendo el carácter represivo de un Estado colonial-capitalista-oligárquico. Se enfatizaba que un mayor logro era la conciencia adquirida en el proceso del despliegue de la fuerza popular y nuevas formas de organización como eran las Asambleas Populares que podían constituirse en los gérmenes de un verdadero poder paralelo, expresiones de una efectiva autonomía e independencia política, y en órganos de poder popular que trascendieran lo que había sido hasta entonces el movimiento social y político colombiano (Dorado, 2021b). Se criticó que Petro ante una situación en que el movimiento popular desbordaba al régimen, siendo uno de los principales referentes del campo político y social, hubiera salido a plantear una serie de iniciativas para desmovilizar a los jóvenes, los trabajadores, los indígenas, los afros y las mujeres que de manera combativa mantenían una inédita movilización. En redes sociales había atacado los bloqueos de ciudades, los cortes de carreteras y condenado a la llamada primera línea de jóvenes que organizaban la autodefensa. También se criticó al Comando Nacional del Paro porque caía en la depresión y prefería resguardar la prebenda y el privilegio sindical. Al contrario del Comando del Paro, la Minga descartaba el extenuante diálogo y la falaz negociación distractora de la energía popular. Se destacaba que no se había conseguido arrodillar al pueblo colombiano en un alzamiento que era definitivo para la construcción de otra sociedad en la que prevalecieran los derechos y las libertades civiles (Rubio, 2021).

Una participante del movimiento explicaba que el nuevo impulso del movimiento a finales de abril había sido provocado por la reforma tributaria. La movilización logró que esa reforma se echara abajo, pero prosiguió la protesta por un descontento generalizado a causa de décadas y décadas de abandono estatal, de las políticas de desigualdad social, y porque no se habían cumplido las demandas de otros paros y otros sectores. El pueblo de Colombia había tomado las calles exigiendo ser escuchado, oponiéndose a la masacre estatal, y demandando garantías para la vida y que fueran escuchados los reclamos de todos los sectores sociales movilizados. Aunque el Comité Nacional del Paro quería dar por terminada la movilización, los nuevos sectores que estaban impulsando la movilización social no se veían representados por dicho Comité asentado principalmente en la capital del país y que no hacía eco a las demandas de los diferentes grupos movilizados en los barrios populares de ciudades como Cali, Medellín, Bogotá y Popayán. Además, el gobierno no lograba tejer acuerdos ni con el Comité Nacional del Paro ni con las asambleas populares que pululaban en todos los rincones del país. Algo que ya no regresaba a las multitudes a sus casas y que encendía más el enojo era que las masacres estaban a la orden del día, la represión era constante, sobre todo en los barrios populares. Se aclaraba que en Colombia el pueblo sufría un conflicto interno de más de 60 años al cual se había intentado dar fin mediante la firma de los Acuerdos de Paz en 2016, que no habían sido respetados. Se echaba en cara al gobierno de Duque el incumplimiento de todos los acuerdos. Se le acusaba de haber impulsado la masacre a líderes y lideresas y firmantes de la paz. Era alarmante cómo al derecho a la protesta, que era constitucional, el gobierno lo encaraba como terrorismo, y le daba una respuesta guerrillista. Mientras el gobierno no podía sofocar el movimiento, en el abajo colombiano se multiplicaban las asambleas populares con formas de ser y hacer desde las bases. Se llamaba la atención de que aunque no consiguieran de inmediato un cambio estructural, habían estado sembrando una semilla que germinaría (Hernández, 2021).

SE MANTIENE UNA RESISTENCIA DE NUEVO TIPO

Para entonces se había pasado del bloqueo social a las convergencias desde las movilizaciones populares. El activismo de base había roto la cultura política de la representación. Se asumió el papel constructivo de paros, barricadas, concentraciones, actividades festivas y solidarias. Surgieron consignas creativas. Coincidieron propuestas y programas en una perspectiva de poder popular. Los protagonistas del paro en su gran mayoría procedían de sectores populares y periféricos, informales, jóvenes que ni estudiaban ni trabajaban. Esos jóvenes fueron fortaleciendo las denominadas primeras líneas. La gente en la calle se había ido organizando de manera espontánea, y generaba una organicidad que emanaba energía emancipadora. Las movilizaciones fueron organizándose de manera colectiva con bases populares. Creció la solidaridad. Se evidenció el papel protagónico de las mujeres. Se encontraron nuevas formas de comunicación. El descontento social y colectivo había desbordado la pasividad (Zibechi et al., 2021).

El suroccidente colombiano fue ejemplo de resistencia. El 28 de abril de 2021 indígenas del pueblo misal habían derrumbado la estatua de Sebastián Belalcázar, personaje al que veían como representante del genocidio de muchos pueblos originarios. Después fueron cayendo otras estatuas. En el contexto del paro nacional la Minga llegó a Cali y dinamizó la protesta. En el suroeste al descontento se manifestó con mayor amplitud e intensidad pues estaba incitado por graves problemas de derechos humanos y la impunidad. El paro nacional había conglutinado diferentes territorios y una pluralidad de identidades. Las manifestaciones y acciones de repudio emergieron desde una frustración colectiva. El 9 de mayo en Cali civiles armados dispararon contra 12 integrantes de la Minga indígena que llegó a Cali que acompañaban a los jóvenes en resistencia agrupados en las primeras líneas. En muchos puntos del suroeste durante dos meses se mantuvieron barricadas y bloqueos (Zibechi et al., 2021).

Se destacó que en la gran movilización colombiana existían signos del renacer de la protesta social y del protagonismo que habían asumido varios sectores poblacionales. Los más activos eran los jóvenes populares. Otro elemento que también se resaltaba era la participación de las mujeres. Había intersecciones entre la utopía feminista y la rebeldía juvenil. Se estaban produciendo tránsitos femeninos y feministas hacia nuevas formas de acción colectiva. La demanda más potente de las mujeres era que cesara la violencia contra ellas. Tanto en los jóvenes como en las mujeres el arte y la cultura eran formas de expresión política. Las mujeres proclamaban que si no luchaban juntas, las mataban por separado. El movimiento de mujeres en la protesta consiguió el uso del lenguaje inclusivo en comunicaciones verbales y escritas de los puntos de resistencia y comités de paro. Logró una fuerte visibilidad a nivel nacional e internacional (Ibarra y Recalde, 2021).

El país se había incendiado como un reguero de pólvora y las protestas abarcaron toda la nación. Las principales vías de comunicación en ciudades como Bogotá y Cali fueron bloqueadas internamente y en sus principales entradas. El 12 de mayo se incrementaron las masivas y pacíficas manifestaciones pero, cuando los manifestantes se disgregaban irrumpió una rabia que se tradujo en la destrucción de infraestructura para el transporte masivo y de instalaciones oficiales. Fueron quemados algunos Centros de Atención Inmediata. También se dieron enfrentamientos con la policía. Muchos estudios analizaron cómo Cali, había tenido un enorme protagonismo en el movimiento popular. Ahí surgieron cientos de escuelas de salsa. Una mayoría de jóvenes sobre todo negros y empobrecidos, habían encontrado en ellas la forma de sobrevivir. En esa ciudad se multiplicaron las barricadas y puntos de bloqueo. Los principales protagonistas eran jóvenes de las barriadas pauperizadas. La juventud fue aprendiendo cómo bloquear la ciudad, y cómo resistir en barricadas durante semanas (Castillo, 2021). Cada zona se fue organizando de forma distinta. En Cali se dieron enormes movilizaciones. Los grupos paramilitares respondieron con fuego. Para la sorpresa de esas mismas fuerzas la gente no se dejó amedrentar. La llamada primera línea fue una forma de autodefensa y de resguardo barrial (D'León, 2021).

Se resaltó que la sociedad movilizada rechazaría los cambios cosméticos. Después de mes y medio del movimiento y de la más violenta represión estatal, el pueblo superaba el miedo y veía que la opción era no doblegarse (Nariño, 2021). A los 50 días de fuerte movilización la comunidad Puerto Resistencia, en Cali celebró comunitariamente haber construido un antimonumento de 12 metros de altura en forma de brazo

extendido hacia el cielo cuyo puño sostenía un cartel con el lema “Resiste”. Se comentó que las primeras líneas de autodefensa de jóvenes, de madres, de sacerdotes y hasta de militares retirados, se podían sentir tan identificadas con la obra colectiva como las familias sacudidas por la represión y la muerte. El antimonumento resultaba antagónico respecto de los levantados por la cultura colonial y patriarcal de la clase dominante que simbólicamente habían sido derrumbados por el pueblo (Zibechi, 2021b). Para entonces el movimiento empezó a ver la forma de dar un salto cualitativo ante la negativa del gobierno de tramitar un pliego de peticiones. Había conciencia de que se transitaba por un conflicto político y económico de grandes proporciones, cuyos frutos estaban por verse y sopesarse. Los jóvenes comprendieron los alcances y capacidad de sus actividades. Para ellos no existía un programa político a alcanzar. Sabían que debían defender el territorio, no circunscrito a un terreno o a una superficie terrestre o porción de una región, sino como una concepción de ámbito espacial de aspiración, la cual implicaba una cosmovisión de alcances prácticos de la vida, apuntando a imaginarios, como metas logrables. Para ellos, la legalidad no les había funcionado ni sido útil. Constataban que las vías legales y el diálogo estaban agotadas. La decisión del Comité Nacional de Paro, de recurrir a la presentación de una serie de proyectos de ley no los convenía. Seguían impulsando protestas y plantones en diferentes ciudades de país y en especial en Bogotá. Múltiples formas organizativas y de vocería afloraban. Se hacía uso de Cabildos Abiertos. El movimiento iba aportando nuevas perspectivas de lucha (Meneses, 2021).

Cuando a los dos meses la movilización proseguía, había algunos sectores que decían que ya se había desgastado. Lo que había sucedido era el anuncio de la suspensión de las movilizaciones por parte de algunos sectores que conformaban el solitario e institucional Comité Nacional del Paro. No obstante, quien experimentaba un serio desgaste era el gobierno. Se llamaba la atención de las movilizaciones podían menguar, pero no el movimiento que no estaba atado a exigencias coyunturales. El Paro iba mucho más allá y tenía que ver con la expresión de una ruptura histórica. No era un episodio más, sino un proceso que agrupaba toda una demanda social que había estado reprimida durante décadas. Lo que se agotaba era el modelo imperante. El movimiento estaba compuesto por una gran cantidad de actores populares emergentes que se configuraban dentro de un nuevo escenario de lucha en diversos territorios, municipios y localidades, donde los cascos urbanos devenían en puntos estratégicos de agrupación y manifestación. Esa amplia y compleja fuerza organizativa no sólo se desarrollaba, sino que se iba consolidando. Había un debate nacional generado por el movimiento (Garay, 2021). Se enfatizó que las decisiones del Comando de Paro no podían poner fin a la rebelión popular, porque se mantenían muchas modalidades novedosas del movimiento. Las diversas asambleas populares podían dar origen a una red política independiente. Por su parte, la Asamblea Nacional popular propuso una agenda de acciones que implicaban a un Paro Nacional indefinido contra el modelo económico neoliberal. Se enfatizaba que al pueblo colombiano no lo detendrían las componendas del Comando del Paro, ni quienes hacían cálculos en torno a las urnas, como Petro (Rubio, 2021b).

LA REVUELTA CAMBIÓ EL ÁNIMO POPULAR

Hubo discusiones en cuanto a cómo nombrar lo que estaba sucediendo. Algunos apuntaban que el movimiento era un estallido social. Había quienes destacaban que se trataba de una revuelta popular. Otros precisaban que en algunas regiones y en algunos sectores se estaba gestando un levantamiento contra el régimen. Evidentemente el movimiento era plural y diverso. Más allá de una tendencia a la fragmentación, lo relevante del movimiento era que se había generado un aprendizaje que impulsaba un fortalecimiento organizativo, con búsqueda de coordinaciones nacionales y locales que no solamente impugnaban el régimen político y económico sino que cuestionaban las prácticas cotidianas y las estructuras de dominación patriarcal, neoliberal, racial y generacional. Se había creado una situación desafiante. No se aceptaba una “normalidad” precaria, incierta y autoritaria del neoliberalismo pospandémico. Se estaban tejiendo coordinaciones multiescalares y multisectoriales, y había indicios de articulación de luchas sociales, políticas (incluidas las electorales) y culturales que iban construyendo oportunidades novedosas de una auténtica democratización desde abajo (Molano, 2021).

Después de tres meses la intensidad de la protesta el movimiento fue derivando en otros procesos más de fondo. Ciertamente se estaba ante algo distinto. Se intentaron varios análisis. Se recalcó que el largo y agitado movimiento de 2021 implicaba una continuidad del movimiento iniciado en 2019. Se recordó que el sujeto principal de la revuelta había sido el grueso de la población que se opuso a la reforma tributaria. Primero se habían movilizado organizaciones de trabajadores estatales, maestros, transportistas, indígenas, campesinos y estudiantes. Inmediatamente después con mucha fuerza lo que se calificó como precariado ciudadano. Un sello importante del movimiento fue la juventud radicalizada (Dorado, 2021c). Se había cuestionado el orden establecido. Se evidenció un sistema de muerte y un gobierno criminal. Hubo críticas al movimiento sindical tradicional. Las manifestaciones prolongadas fueron sobre todo urbanas: plantones, pintas de murales, ollas comunitarias, encuentros artísticos populares, toma de espacios públicos para las resistencias, se adaptaron lugares para bibliotecas populares, surgieron redes sociales virtuales que difundieron importantes informaciones y debates. También fueron organizados muchos eventos tanto presenciales como virtuales. La manifestación nacional tuvo características territoriales. Creció la expresión organizativa comunal. Se apuntó que las llamadas primeras líneas se convirtieron en un relevante sujeto emergente conformado por jóvenes excluidos que defendieron al movimiento de la brutalidad policial. El movimiento fue ganando fuerza regional, territorial y nacional. Hubo una resignificación política del pueblo frente a la represión estatal. Los procesos organizativos populares, sindicales, sociales, vieron nacer un nuevo actor (Zibechi et al., 2021). Se llamó la atención de que las juventudes protagonistas habían sido capaces, por ejemplo, de establecer 28 “puntos de resistencia” en la ciudad de Cali, los cuales eran espacios autocontrolados de libertad y resistencia a la represión. Se hizo hincapié que ese nuevo actor provenía de los sectores populares más afectados por el neoliberalismo, que habían encontrado formas de generar fuertes vínculos solidarios. La convivencia entre la comunidad de vecinos y los jóvenes se convirtió en algo profundo. La comunidad les avisaba cuando venía la policía; los vecinos abrían las puertas de sus casas para que los jóvenes se bañaran y pudieran comer. Este tipo de vínculos antes de la revuelta era algo impensable. Otro elemento novedoso fue que en las profundas discusiones que se suscitaban no necesitaban caudillos (Zibechi, 2021c).

Zibechi ha resaltado que el fuerte activismo en las periferias urbanas mostró una enorme creatividad cultural y social, con capacidad de abrir espacios. Preciso que se dio un activismo juvenil, femenino y negro, que se entrelazó con la Guardia Indígena nasa que llegó a Cali a solidarizarse con los pobres de la ciudad. Apuntó que esa alianza revelaba que los indígenas podían contribuir a la organización urbana. Enfatizó la formación de relaciones comunitarias que fueron enormemente creativas (Llopis, 2022). Se había ido construyendo una agenda desde abajo. Emergieron nuevos mundos posibles que ya latían en la sociedad. Ante una crisis sistémica, los cambios iban siendo de fondo (Zibechi et al., 2021).

UN APORTE DE GRAN RELEVANCIA

La investigación del movimiento colombiano condujo a Raúl Zibechi a encontrar un aporte sumamente importante. Teniendo en cuenta que hay situaciones en las que un movimiento popular se convierte en rebelión superando los tiempos breves de la insurrección para instalarse y aferrarse a espacios que las insurgencias convierten en territorios de la liberación, se tienen que plantear preguntas e incursionar en respuestas que ayuden a la comprensión de estos acontecimientos. Revisando el conjunto de procesos del movimiento popular colombiano Zibechi inquirió cómo se sostenían los rebeldes que por momentos sumaban porciones importantes de la población. Escudriñó qué hacían los rebeldes para reproducir la alimentación hasta la salud, en un contexto en que el mismo movimiento había paralizado la vida económica acostumbrada. Zibechi hizo trabajo de campo en Bogotá y Cali. Profundizó en sus pesquisas que lo llevaron a detectar cómo se organizaba la vida cotidiana que había abarcado dos y tres meses según las ciudades. Constató que algunos de los participantes en la revuelta no acudían a sus empleos, y que otros no podían trabajar en la economía informal porque no funcionaba el transporte ni el comercio. Encontró lo que denominó la economía política de la revuelta. La actividad para asegurar la sobrevivencia estaba volcada hacia la protesta, sobre todo en los barrios populares. La actividad productiva y los intercambios fueron redireccionados para alimentar la revuelta. Miles de personas vivieron solidariamente durante semanas

cubriendo sus necesidades materiales y espirituales viviendo en común. Se aseguró la alimentación, la salud, el cuidado, la cultura y lo deportivo. Hubo cientos de ollas comunitarias con alimentos que daban las familias y los pequeños comercios. En esta forma muchos jóvenes habían obtenido tres comidas al día, cosa que no era posible en lo cotidiano de la pobreza urbana. Detectó que se conformaron varias líneas de defensa, donde la primera, compuesta por jóvenes informales, enfrentaba los escuadrones antidisturbios con escudos y tenían el apoyo de una segunda línea. Otra línea cuidaba a los heridos, se creaban espacios para los primeros auxilios, y una línea más estaba conformada por amas de casa que sacaban agua con bicarbonato para que sus hijas e hijos soportaran los gases. Los jóvenes no sólo defendían, sino hacían deporte, pintaban murales, hacían teatro callejero. Zibechi enfatizó que la vida material se organizaba en torno a la resistencia y la defensa de la vida. También encontró que había cuatro elementos que hacían posible que la vida pudiera seguir durante la revuelta. El primero tenía que ver con trabajos colectivos que abarcaban tanto las ollas comunes como la autodefensa. Señalaba que eran el motor y el sostén de la revuelta y que sin ellos ésta no podía sostenerse. La autodefensa era otro elemento que se extendía a cuidados colectivos comunitarios que incluían la preservación de la vida, la salud, la dignidad y los espacios propios. Un tercer elemento eran los territorios. Se creaban puntos de resistencia, que estaban libres de la represión estatal y que eran además para la protección colectiva, y sobre todo la creación de nuevas relaciones sociales fundadas en el valor de uso (la comida, la atención sanitaria, las artes y el deporte). El cuarto elemento tenía que ver con el importante papel de las mujeres y jóvenes, que distinguían las movilizaciones de los sectores populares. Otro hallazgo que destacó Zibechi fue el antirracismo y el anticolonialismo que se desprendían de la movilización de las mayorías negras, indígenas y mestizas contra el extractivismo depredador del capitalismo actual. Llamó a reflexionar sobre estas economías en lucha y a comprender sus modalidades concretas para contribuir a fortalecer las resistencias y separar las prácticas emancipadoras de las reproductoras del sistema opresor (Zibechi, 2022).

EL RETO ELECTORAL

Apareció un nuevo reto. Los de arriba suelen contener las fuertes potencias de rebeldía popular por medio de procesos electorales que dispersan. Zibechi reflexionó que las elecciones colombianas de finales de mayo de 2022 por primera vez podrían dar pie a un gobierno progresista, después de la revuelta popular. Durante su trabajo de campo que hizo en Colombia comprobó el entusiasmo existente en amplios sectores de la sociedad ante la candidatura de Petro como presidente y de Francia Márquez para la vicepresidencia. Consideró que dicho ánimo surgía tanto de la revuelta como por los resultados de las recientes elecciones parlamentarias, y lo encontró en movimientos sindicales y en los nuevos movimientos surgidos de las protestas que atravesaron a feministas, ecologistas, pueblos negros e indígenas en lo urbano y lo rural. Aunque también veía obstáculos poderosos a un gobierno progresista en Colombia porque las elites podrían optar por el fraude, el magnicidio o el golpe de Estado. Recomendaba tener un plan B por si algo de eso llegara a suceder, aunque también sabía que habría tanto grandes protestas como una cruenta represión avalada por Estados Unidos (Zibechi, 2022b). Los planteamientos de Francia Márquez (proveniente de comunidades negras en las que había resistido la minería y la militarización, y que era la primer mujer afrodescendiente que contendía como vicepresidenta) resonaban muy bien en los oídos de los participantes en la revuelta, pues convocaba a un republicanismo comunitario sin dejar fuera a nadie, pues deseaba que la gente se sintiera libre, digna y que los territorios fueran espacios de vida (Montaño, 2022). Días antes de la segunda vuelta la policía colombiana de la que se ha comprobado mundialmente su actuación genocida y altamente violatoria de los derechos humanos informó de la captura de muchos jóvenes en Cali y otra ciudad. La excusa que dio esa sanguinaria policía fue que era para evitar supuestas manifestaciones violentas. Los capturados eran jóvenes que habían participado activado en el paro nacional de 2021. Boaventura de Sousa Santos, Irene Vélez-Torres y Bryan Vargas editores del libro colectivo Cali: Resistencia social y Epistemologías del Sur” (Siglo del Hombre, 2022) a nivel mundial rechazaron la estigmatización y criminalización de los jóvenes que participaron en el paro nacional. Destacaron que algunos de esos jóvenes eran coautores del libro. Las fuerzas represivas colombianas sumaban a su demostrada violencia desbordada y a las múltiples violaciones de los derechos humanos la incriminación de esos jóvenes. Se recordaba que

se trataba de quienes no solo levantaron su voz de protesta hacia un año en contra de una reforma tributaria contraria al bienestar de la mayoría empobrecida, y que habían demostrado enorme liderazgo social para el bienestar de sus barrios y comunas. Se apuntaba que esos jóvenes impulsaban candidaturas democráticas alternativas, lo cual desestabilizaba el poder sostenido durante décadas por las mismas élites. Se hacía ver que el gobierno de Duque pisoteaba la Constitución Política de 1991 y el derecho fundamental a la protesta. El establecimiento utilizaba mecanismo aparentemente legales para de forma ilegítima frenar el ascenso de un proyecto político alternativo que cambiara el rumbo de uno de los países más desiguales de la región. Se enfatizaba que eran muy alarmantes esos signos antidemocráticos y la persecución de quienes buscaban la transformación social. Hicieron un llamado a quienes estaban comprometidos con los Derechos Humanos en América Latina y en Colombia, para alzar la voz y resistir el autoritarismo del establecimiento colombiano que pretendía desmovilizar y amedrentar a la oposición y a las voces de resistencia. Finalmente en la segunda vuelta ganó la fórmula integrada por Petro y Francia Márquez. Ese triunfo fue reconocido oficialmente. Petro dijo que la paz era que cesaran los asesinatos. Para tranquilizar al poder económico anunció que desarrollaría el capitalismo apoyando una economía popular. Por su parte Francia Márquez rindió homenaje a los y las líderes sociales que tristemente habían sido ultimados, destacó a una juventud que había sido asesinada y desaparecida, a las mujeres que habían sido violentadas. Les dio las gracias por haber sembrado la semilla de la resistencia y la esperanza. Los y las jóvenes gritaban con alegría: “Sí se pudo. No más guerra”.

En una entrevista aparecida a mediados de junio Francia Márquez resaltó que había una nueva juventud con una conciencia y una nueva visión política que propició el estallido social. Recordó que antes consideraba que no había que meterse en política, pero que había cambiado, porque cuando los líderes sociales evitaban meterse en política la política terminaba asesinandolos. Recalcó que ahora estaba convencida de que había que ocupar el Estado, aun con el riesgo que eso significaba, pues había que transitar de la economía extractivista a la economía sustentable (Hernández, 2022). En otra entrevista enfatizó la cosmovisión comunal y llamó a no pensarse individualmente, pues “nosotros somos si la naturaleza es”. Llamó la atención de que una mujer negra, empobrecida y racializada, víctima del conflicto armado y que había resistido la política de la muerte asumiera la vicepresidencia colombiana implicaba una rompimiento con la hegemonía política. Resaltó que contribuiría a una economía social que dignificara a la gente. Se autodefinió como anticapitalista (Szalkowicz, 2022).

Se ha precisado que una cosa es acceder al gobierno y otra muy diferente es controlar el Estado. Por lo que el nuevo gobierno colombiano irá despacio y con paciencia, y hay quienes auguran que sorprenderá porque inauguraría nuevos caminos en la construcción de nuevas hegemonías populares (Dorado, 2022). Pero también se ha planteado que el triunfo de Petro y Francia puede verse en el espejo de Chile, donde Boric, que provenía del movimiento popular, se plegó a los intereses de las elites y dejó a un lado las principales demandas de dicho movimiento. Las condicionantes del gobierno y más aún del Estado son muy fuertes.

Constata Zibechi la existencia de manifestaciones y levantamientos pero también una inercia en muchos sectores. Reconoce que la inexistencia de respuestas a la altura de los desafíos, son muy diversas. Considera que una nueva cultura política no puede nacer de la noche a la mañana, aunque existen experiencias territoriales que son sumamente auspiciosas. Indica que eso interpela a los movimientos anticapitalistas. Apunta que décadas de democracia liberal han anestesiado a buena parte de la población que sigue creyendo en soluciones de parte del Estado o los dirigentes políticos. Insiste en que la respuesta se encuentra en organizaciones colectivas territoriales, en la creación de formas colectivas de poder, poderes de abajo, para sobrevivir como pueblos (Zibechi, 2022c). Recalca que el Estado no debería ser un corsé para las luchas de los pueblos. Invita a prestar atención a la construcción de autonomías y autogobiernos, y a no confiar en Estados, partidos y movimientos burocratizados. Señala que aprender de las enseñanzas desde abajo contribuirá a reconstruir el pensamiento crítico y las prácticas emancipatorias (Zibechi, 2020d).

UNA ESPECIE DE COMPENDIO

El pujante movimiento colombiano no ha concluido, sino que ha ido pasando por varias etapas. Sería prematuro llegar a conclusiones. Pero hay elementos que debemos tener en cuenta. Las agresiones estructurales del neoliberalismo conectadas con los agravios provenientes de un Estado genocida y represor que mantenía una guerra contra los desfavorecidos, explotados, excluidos y disidentes desató un descontento generalizado que se había contenido, pero que estalló en una rabia colectiva. Emergió un levantamiento popular múltiple que se incrementó con una protesta que devino revuelta y adquirió tintes de rebelión. La movilización masiva se fue extendiendo por todos los rincones colombianos y se mantuvo durante un largo trimestre. Una admirable creatividad popular dio origen a nuevas y poderosas formas de lucha. El Estado respondió incrementando su guerra que ya no pudo aplastar la insurrección, sino que la alentó y propició que encontrara modalidades insospechadas de autodefensa. Hubo una combinación de paros, cortes de vía, barricadas concentraciones, marchas, con actividades festivas y solidarias. El arte se utilizó como una forma específica de la revuelta. Se dejaron formas de acción tradicionales y hubo creaciones innovadoras muy interpellantes. Las formas avanzadas y emancipadoras que antes eran exclusividad de agrupaciones muy puntuales, ahora se extendieron y profundizaron. Se crearon puntos de resistencia, hubo coordinaciones barriales, se dieron convergencias regionales y hasta nacionales, respetando las formas de ser y hacer de cada localidad. Hubo espacios autocontrolados. La pujanza de impulsos provenientes desde el abajo social se fue generalizando con la horizontalidad y no necesidad de caudillos. Se multiplicaron los trabajos colectivos y se encontró una nueva economía política de lucha. Hubo una organicidad emancipadora. Se fue consolidando un amplio tejido rebelde. Lo indígena irradió su sabiduría hacia lo popular ciudadano. La presencia y potencia de las mujeres y la irrupción del complejo sujeto juvenil proveniente de la informalidad le dieron un nuevo rostro a la revuelta. Se abrieron espacios para la creación de relaciones sociales de nuevo tipo. Sectores antes separados y ajenos, se encontraron, se solidarizaron y dinamizaron. Hubo muchos aprendizajes y se fortaleció una conciencia impulsada por la experiencia de convivir en común. Ante la imposición de la muerte en todas sus vertientes, se encontraron formas de la defensa de la vida en toda su extensión. Emergió una geografía de rebeldía y esperanza impulsada por las capacidades de los de abajo que prefieren no delegar las soluciones en los diversos arribas.

BIBLIOGRAFÍA

AHARONIAN, A. (2021). Colombia: autismo político, crisis social y modelo de exterminio. CLAE. <https://estrategia.la/2021/05/17/colombia-autismo-politico-crisis-social-y-modelo-de-exterminio/>

ALONSO, J. (2021). Los movimientos sociales en América Latina en la era global, participación en el Ciclo de Conferencias Magistrales "Pensar la política y las sociedades contemporáneas desde la izquierda Crítica", Universidad Iberoamericana, en línea: <https://kzclip.net/video/Xaf9IRQJJvA/los-movimientos-sociales-en-am%C3%A9rica-latina-en-la-era-global.html>

CAMPRUBÍ, B. (2021). El Tribunal Permanente de los Pueblos falla que el Estado colombiano realizó un "genocidio continuado". El Salto Diario. Recuperado de [bertacamprubihttps://www.elsaltdiario.com/justicia-universal/tpp-tribunal-permanente-pueblos-uribe-falla-genocidio-continuado-estado-colombiano](https://www.elsaltdiario.com/justicia-universal/tpp-tribunal-permanente-pueblos-uribe-falla-genocidio-continuado-estado-colombiano)

CASTILLO, LC. (2021). "Arde Cali, sucursal del cielo y capital mundial de la salsa" en CIDSE, Documentos Especiales: Pensar la resistencia. Mayo del 2021 en Cali y Colombia. Facultad de Ciencias Sociales y Económicas. Universidad del Valle (pp. 95-125)

CIDSE. (2021). Documentos Especiales: Pensar la resistencia. Mayo del 2021 en Cali y Colombia. Facultad de Ciencias Sociales y Económicas. Universidad del Valle. Recuperado de <https://www.unilibre.edu.co/pdf/2021/La-Resistencia.pdf>

D'LEÓN, M. (2021). Entrevista a Gearóid Ó Loingsigh: Las protestas y el nuevo escenario en Colombia. La Izquierda diario. Recuperado de <https://www.laizquierdadiario.mx/Las-protestas-y-el-nuevo-escenario-en-Colombia>

DORADO, F. (2021). Paro, huelga, estallido, minga, insurrección y fiesta popular frente a la estrategia de muerte. Rebelión. Recuperado de <https://rebelion.org/paro-huelga-estallido-minga-insurreccion-y-fiesta-popular-frente-a-la-estrategia-de-muerte/>

DORADO, F. (2021b). Algunos logros del estallido social en Colombia. Rebelión. Recuperado de <https://rebelion.org/algunos-logros-del-estallido-social-en-colombia/>

DORADO, F. (2021c). ¿Qué nos queda del estallido social? Rebelión. Recuperado de <https://rebelion.org/que-nos-queda-del-estallido-social/>

DORADO, F. (2022). Petro y Francia van a sorprender a tirus y troyanos. Rebelión. Recuperado de <https://rebelion.org/petro-y-francia-van-a-sorprender-a-tirus-y-troyanos/>

GALEANO, D. (2021). El informe de la delegación constató las violaciones de los derechos humanos. Rebelión. Recuperado de <https://rebelion.org/la-mision-humanitaria-argentina-en-colombia-denuncio-practicas-propias-de-un-estado-terrorista/>

GARAY, G. (2021). El Paro Nacional es también un signo histórico. Rebelión. Recuperado de <https://rebelion.org/el-paro-nacional-es-tambien-un-signo-historico/>

HERNÁNDEZ, M. (2021). Entrevista a Claudia Girón: «En Colombia hay un descontento generalizado, de quienes hemos sido vulnerados/as a lo largo de tanto tiempo». Rebelión. Recuperado de <https://rebelion.org/en-colombia-hay-un-descontento-generalizado-de-quienes-hemos-sido-vulnerados-as-a-lo-largo-de-tanto-tiempo/>

HERNÁNDEZ, N. (2022). Entrevista a Francia Márquez: “El camino hacia la paz es la justicia social”. El Salto Diario. Recuperado de <https://www.elsaltodiario.com/colombia/entrevista-francia-marquez-pacto-historico-cuando-evitamos-meternos-politica-termina-asesinandonos>

IBARRA, ME., RECALDE, S. (2021). “Al otro lado del miedo está el país que soñamos” en CIDSE, Documentos Especiales: Pensar la resistencia. Mayo del 2021 en Cali y Colombia, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas. Universidad del Valle (pp. 67-94)

LLOPIS, E. (2022). Entrevista al periodista Raúl Zibechi, coordinador del libro Tiempos de colapso III (Baladre-Zambra), Rebelión. Recuperado de <https://rebelion.org/estamos-ante-una-crisis-civilizatoria-que-comenzo-antes-de-la-pandemia>

JIMÉNEZ, C., et al. (2021). *Causas preliminares y actualidad del conflicto social en Colombia*, CLACSO, recuperado de <https://www.clacso.org/causas-preliminares-y-actualidad-del-conflicto-social-en-colombia/>

MENESES, C. (2021). Del paro indefinido a la comuna popular. Rebelión. Recuperado de <https://rebelion.org/del-paro-indefinido-a-la-comuna-popular/>

MOLANO, F. (2021). ¿Paro cívico, insurrección, levantamiento popular, estallido social? La importancia política de las distinciones. *Rebelión*. Recuperado de <https://rebelion.org/paro-civico-insurreccion-levantamiento-popular-estallido-social-la-importancia-politica-de-las-distinciones/>

MONTAÑO, J. (2022). Francia Márquez Mina o ser donde aún se es nadie. *Rebelión*, Recuperado de <https://rebelion.org/francia-marquez-mina-o-ser-donde-aun-se-es-nadie/>

MOVIMIENTO ECOSOCIALISTA (2021). El levantamiento popular está derrumbando el régimen neoliberal y militarista de Duque. *Rebelión*. Recuperado de <https://rebelion.org/el-levantamiento-popular-esta-derrumbando-el-regimen-neoliberal-y-militarista-de-duque/>

NARIÑO, P. (2021). La resistencia. *Rebelión*. Recuperado de <https://rebelion.org/la-resistencia-3/>

ROITMAN, M. (2021). La inmoralidad del Estado colombiano. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2021/05/29/politica/015a1pol>

RUBIO, F. (2021). La reculada de Petro. *Rebelión*. Recuperado de <https://rebelion.org/la- reculada-de-petro/>

SZALKOWICZ, G. (2022). Entrevista a Francia Márquez. La vicepresidencia es un medio, el fin es lograr la paz y la dignidad. *América Latina en Movimiento*. Recuperado de <https://www.alai.info/francia-marquez-la-vicepresidencia-es-un-medio/>

TRIBUNAL PERMANENTE DE LOS PUEBLOS. (2021). Genocidio político, impunidad y crímenes contra la paz en Colombia, Coordinadora del Programa Movimientos Sociales, Derechos Humanos e Interculturalidad, Bogotá

VARIOS. (2021, 31 mayo). DOCUMENTO POLITICO DE LA MINGA NACIONAL, SOCIAL POPULAR Y COMUNITARIA. Tejido de Comunicación. <https://radiopayumat.nasaacin.org/2021/05/31/documento-politico-de-la-minga-nacional-social-popular-y-comunitaria/>

VERA, O. (2021). El estallido colombiano. *El Salto Diario*. Recuperado de <https://www.elsaltdiario.com/america-latina/paro-nacional-estallido-colombiano>

VIDALES, M. (2022). Una mirada reivindicativa de la fuerza simbólica que encarna en el imaginario popular. *Rebelión*. Recuperado de <https://rebelion.org/francia-marquez-presencia-real-y-concreta-de-la-primera-linea-del-paro-nacional-del-2021-en-la-lucha- contra-el-fascismo-criollo/>

ZIBECHI, R., et al. (2021). Colombia_ entre la rebeldía y la esperanza. Reflexiones en torno a la Movilización Social 28 de abril de 2021, Grupo de Investigación Editorial Kavilando, Redipaz, Desde Abajo, Medellín.

ZIBECHI, R. (2021). Colombia es innegociable para el Comando Sur. *Ecuador Today*. Recuperado de <https://ecuadortoday.media/2021/06/04/colombia-es-innegociable-para-el-comando-sur/>

ZIBECHI, R. (2021b). El antimonumento, puño-corazón. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2021/06/18/opinion/015a2pol>

ZIBECHI, R. (2021c). Las semillas de la emancipación están intactas. Desde Abajo. Recuperado de <https://www.desdeabajo.info/colombia/item/42888-las-semillas-de-la-emancipacion-estan-intactas.html>

ZIBECHI, R. (2022). La economía política de la revuelta. *Nodal*. Recuperado de <https://www.nodal.am/2022/04/la-economia-politica-de-la-revuelta-por-raul-zibechi/>

ZIBECHI, R. (2022b). ¿Momento de cambio en Colombia? Naiz, recuperado de <https://www.naiz.eus/es/iritzia/articulos/momento-de-cambio-en-colombia>

ZIBECHI, R. (2022c). La inercia que nos impide reaccionar al colapso, La Jornada, recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2022/07/01/opinion/021a1pol>

ZIBECHI, R. (2022d). Las autonomías indígenas se están convirtiendo en alternativas de vida y en referencias políticas. Agencia tierra viva. Recuperado de <https://agenciatierraviva.com.ar/las-autonomias-indigenas-se-estan-convirtiendo-en-alternativas-de-vida-y-en-referencias-politicas/>

BIODATA

Carlos ALONSO: El doctor Carlos Alonso Reynoso cuenta con una Maestría y un Doctorado en Ciencias de la Salud Pública por la Universidad de Guadalajara, con especialidad en Epidemiología. Es Miembro del Sistema Nacional de Investigadores en Nivel I desde 2017, adscrito como médico epidemiólogo en el Instituto Mexicano del Seguro Social y profesor del Departamento de Trabajo Social en la Universidad de Guadalajara desde el 2009. Fue reconocido como perfil deseable por el Promep y el PRODEP en el 2013, 2016, 2019 y 2022 respectivamente. Ha realizado investigaciones sobre información hospitalaria y epidemiología, así como en ciencias sociales sobre temas como Democracia, movimientos sociales y Procesos electorales.

Este es un verificador de tablas de contenidos. Previene a la revista y a los(as) autores(as) ante fraudes. Al hacer clic sobre el sello TOC checker se abrirá en su navegador un archivo preservado con la tabla de contenidos de la edición: **AÑO 28, N.º 100, 2023**. TOC checker, para garantizar la fiabilidad de su registro, no permite a los editores realizar cambio a las tablas de contenidos luego de ser depositadas. Compruebe que su trabajo esté presente en el registro.



User: uto100
Pass: ut28pr1002023

Clic logo

